

María Magdalena

Por Juan Francisco Amaya Hernández

eran cinco los miembros de esta noble familia bíblica —según lo refiere "El Mártir del Gólgota", del escritor español Enrique Pérez Escrich— en tiempos de Cristo: Syr, el padre; Eucaria, la madre; Lázaro, Marta y María.

Habiendo faltado la madre, el padre recomendaba a sus hijos el buen comportamiento después de su muerte, y a Lázaro el cuidado de sus hermanas Marta y María. Pero ésta, muerto el padre, no atendía a su hermano con su vida liberal. Como era hermosa y "tocaba el arpa y el salterio como una musa y cantaba como un serafín, y tenía además una cabellera tan hermosa que cuando desataba sus trenzas, rubias como el oro, dejándolas flotar sobre sus espaldas, el extremo de sus preciosos cabellos tamián sus pies".

A los 18 años su padre y sus hermanos le declan que eligiera esposo, pues llegaban de Jerusalén los mejores pretendientes en briosos corceles siriacos; pero ella, indiferente, exclamaba: —Humm... estoy muy joven...

Un día amaneció un cadáver de un hombre frente a su ventana y era el de un joven de distinguida familia, muerto por un centurión romano, amigo de Pilatos. En toda Bethania fue el escándalo y se lo achacaban a su coquetaría. Lázaro le llamó la atención, reconviéndola a que eligiera esposo. Ella le contesta: —Yo no vendo mi libertad. Si los hombres se matan por mi hermosura no es culpa mía. Si no te gusta mi modo, me voy. El castillo de Mágdalo es mío y allí voy a vivir.

El le dice: —Plénsalo bien María. Eres joven y lejos de nosotros vas a tu perdición.

—Sólo se pierde el que quiere— le contesta—. Ustedes me enojan con sus modos huraños, como yo los incomodo con mi carácter alegre y comunicativo, lo mejor es la distancia.

En su castillo la doncella tenía siempre visitas de admiradores que atendía con sus esclavas. En los jardines había hecho un patio o cancha para jugar a la "trigonal", deporte que consistía en tres personas que a cierta distancia se tiraban una bola alternadamente y el que la dejaba caer perdía, y el premio del ganador era besar la mano del perdedor, y con más ansias si era mujer. En muchos de estos trances se veía Magdalena, a quien adrede hacían perder sus mancebos para rozar sus labios en las finas manos de la bella dama; y aunque muchas veces no perdía, ocultaba los brazos en la espalda y exclamaba: —Tú no has ganado, pero besa, que vale. Después se iba al baño, y fresca como una flor matinal, se cambiaba traje y se perfumaba con linos y penetrantes aromas.

Entre sus admiradores, la visitaba todas las noches en su palacio con el compromiso de cantarle y tocar la lira —porque era músico y poeta— Boanerges ("Hijo del Trueno"), que la arullaba con su arte y esperaba alguna recompensa en su amor; pero Magdalena era indiferente a los requiebros amorosos. El poeta le contaba su vida en los siguientes versos: "Nacé en la cumbre de una montaña, vibra cho el rayo de un vastador; crecí en el fondo de una cabaña, y hoy que soy hombre, muero de amor. Hijo del trueno me apellidaron, que en noche horrible vine a nacer; y unos bandidos alimentaron a la cuitada que me dio el ser. Mi pobre madre llora mis penas; y cuando quiere calmar mi mal, dice llorando: que por mis venas corre un torrente de sangre real. Mas si no sales a la ventana, perla de Oriente, nftida flor, cabe tus muros verás mañana rota la lira, muerto el cantor".

A esta instancia, Magdalena lo hace entrar y le dice:

—¡Oh! Esta noche has venido más que inspirado, mi querido cantor.

—Crel encontrarte enojada, señora.

—Quizás por eso has cantado los más sombríos versos del Hijo del Trueno, tan popular en Galilea.

—En ese canto digo mi propia historia, y lo que se siente se dice con pasión.

—Los poetas sabéis decir bien



María Magdalena ante la sorpresa de los que no la querían se hincó ante Jesús, roció sus pies con aceite aromado, secándoselos con sus cabellos.

las palabras para que den su efecto.

—El que no slente, no expresa, reina de Mágdalo.

—Trágico vienes hoy; y por desgracia ¿has olvidado la poesía que le encargué de "La Mujer Pecadora"? ¿Verdad que es un bello tema para una canción? Las envidiosas de Galilea y de Judá me llaman La Pecadora, pero yo las desprecio porque la más virtuosa de ellas bien quisiera imitarme ante sus pretendientes.

—¿Qué le importa al águila los graznidos del cuervo?— dijo Boanerges?

Tu les causas envidia por tu hermosura, y eso basta. Y para tu satisfacción, traigo la canción que me pides, óyela.

Y trinando la lira comienza: "¿Quieres que te cante, bella señora, porqué te llaman La Pecadora? Porque es tu frente resplandeciente como el lirio de la mañana; que entre celajes de ópalo y grana el sol envía desde el oriente. Y en tus pupilas claras y hermosas brilla serena la luz del día, y tus miradas son tan sabrosas como la esencia de la ambrosía. ¿Cómo mirarte sin adorarte?".

"Si de tus labios rojos y bellos brota la esencia de los jazmines, si el oro puro de tus cabellos tiene el perfume de los jardines. ¿Quién ve tu rostro, flor de las flores, sin que a tus plantas muera de amores? ¿Quién de tu barba mira el oyeulo, y ve tus ojos de luz de cielo, y no te

adora? Flor de Bethania, luz de la aurora, ¿Quién al mirarte no te desea, aunque te llamen La Pecadora las envidiosas de Galilea?".

Calló el cantor un momento, mientras Magdalena acariciaba sus blondos cabellos. Luego sigue: "Son tus mejillas flor de granado; tu frente hermosa, cielo estrellado, tu linda boca, que a amar provoca, cuando la entreabre sonrisa leve, muestra unos dientes como la nieve, que a Venus misma volvieran loca. ¿Quién de tu cuello ve la blancura de donde el lirio la suya toma? ¿Quién ve lo esbelto de tu cintura y de tu aliento siente el aroma? ¿Quién no delira cuando te mira?".

"¿Quién no suspira cuando te nombra? ¿Quién no te busca tarde y mañana, como del sauce la fresca sombra busca en Egipto la caravana? ¿Quién no codicia besar tu huella. ¿Quién en tus ojos no deja el alma, si eres hermosa como una estrella, si eres esbelta como una palma?".

"¿Quién no te adora, flor de Bethania, luz de la aurora? ¿Quién al mirarte no te desea, aunque te llamen La Pecadora las envidiosas de Galilea?".

Un profundo suspiro exhaló la bella dama, recostada en sus almohadones de seda.

—Gracias, Boanerges, por esa canción tan bella que me has dedicado.

—Estás servida, señora.

—Con razón te llaman "El Cisne

de Galilea".

—Estoy segura que si el gobernador Pilatos te oyera, recompensaba tu arte como Mecenas.

—No canto para los romanos porque soy hebreo.

—Pilatos es español, no es romano.

—Sí, pero es un mercenario de Tiberio; está a su servicio.

—Blen se ve que Enóe, tu madre, fiel esclava de tu recordado padre Antipatro, a quien todavía llora por su muerte en manos de Cingo, fiel esclavo de Herodes el Grande, tu abuelo, ha inflamado la sangre en tus venas.

—Así es; y no me alzo contra Roma y sus representantes, porque soy artista que no mancha su lira y porque amo a una mujer... a quien vengo a cantar todas las noches. Y la gente murmura por estas escenas, Magdalena.

—Tú, más que nadie y mis doncellas, saben que no es cierto lo que dicen.

—¡Ay, lirio de Mágdalo, la ilusión de realizar mis sueños de amor me dan fuerzas para esperar!

—¡Pues espera, inspirado trovador!

—Y vete que ya es media noche y hay que dormir. Toma tu pago con esta moneda del César.

Boanerges rechazó la moneda, y dándose la a la esclava le dijo: —Tómala para ti, y no le digas que siempre la he rehusado.

Salió por el balcón, y la esclava

recogió la escalera de seda por la que siempre subía.

xxx

Una mañana fresca de verano, cuando el sol casi llegaba al cenit, y las flores del jardín se meclan al suave cáfiro con sus perfumados pétalos, la doncella se hacía peinar su larga cabellera de oro. En lontananza, se velan los cerros de Galilea un tanto grises por la distancia o por el polvo de los caminos que la circundaban. Ella, frente a la ventana, vela todo lo que en el exterior suceda.

De inmediato vio un grupo de gentes que venían hacia el castillo, encabezado por dos hombres, un joven de unos treinta o más años y un anciano de barba y pelo blancos. Ambos hablaban de cosas interesantes, seguidos de hombres y mujeres con niños. Se detuvieron bajo la sombra de un árbol y entre el grupo, el joven c' resplandeciente cabellera decía: —No hay cosa encubierta que no se descubra con el tiempo, ni cosa escondida que no se sepa... —¿Quién de vosotros, por mucho que lo piense, puede añadir a su estatura un codo? —Pues sí lo que es menos no podéis, ¿por qué andáis afanados por las otras cosas? Mirad los lirios como crecen, que ni trabajan ni hilan; pues os digo que ni Salomón con toda su gloria se vistió como uno de ellos. No andéis, pues, afanados por lo que habéis de comer y beber en la tierra. Por lo tanto, buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas esas cosas os serán añadidas. Vendid lo que poseéis y dad limosna; hacedo bolsas que no se envejecan, atesorad en los cielos, donde el ladrón no llega".

Y continuaba sus parábolas, mirando de vez en cuando hacia la mujer del castillo, que con cujas pupilas penetraba hasta el corazón de Magdalena. La pecadora no resistía aquellos ojos penetrantes que le declan: "Deja esa vida, toma tu cruz y sígueme. Yo he venido a la tierra a curar a los enfermos de cuerpo y alma".

Al fin se movieron de aquel lugar y de repente el Mesías se vio frente a Magdalena, la que al verle se sorprendió diciéndole: ¡Ay, Señor!

—No temas, María— le dice. Regresa a Bethania, que Lázaro y Marta te esperan con cariño. Dios te salvará de tus culpas porque es el que perdona a los pecadores".

Ella inclinó la cabeza y cerró los ojos estallada. Cuando volvió en sí, el Redentor había desaparecido.

En la noche, Boanerges fue como de costumbre al castillo pero el balcón no se abrió ni su musa apareció.

—Magdalena me ha desprecinado, exclamó ¡Qué desventura la mía!

Otro día, la reina de Mágdalo, arrepentida, buscó al Maestro en casa de Simón el Fariseo situada en Cafarnaún, y ante la sorpresa de los que no la querían se hincó ante Jesús, roció sus pies con aceite aromado y secándoselos con sus cabellos, dijo El:

—Simón, te quiero decir una cosa.

—¿Sí, Maestro.

—¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para los pies, mas éstas con sus lágrimas me las ha regado y enjugado con sus cabellos. No me diste el beso; mas ésta, desde que entró no ha dejado de besármelos. No ungió mi cabeza con óleo; mas ésta, con ungiendo ha ungió mis pies. Perdonados le son sus muchos pecados porque amó mucho. El que menos perdona menos ama".

Y dijo: —"Tus pecados te son perdonados".

Y decía la gente: —"Y quién es éste que le perdona los pecados a esa mujer?".

Jesús, sin hacerles caso le dijo: —"Tu fe te ha salvado, vete".

Después, María apareció en Bethania ante la resurrección de Lázaro con su hermana Marta, en seguida en las escenas dolorosas de la Calle del Calvario con la Virgen María y San Juan, y por último en la tumba de Cristo el Domingo de Resurrección. Su nombre es sano e inmortal.

San Salvador, Semana Santa de 1978.